CONFLICTO RELIGIOSO, CONFLICTO DIPLOMÁTICO

por CÉSAR SEPÚLVEDA,
de la Universidad Nacional de México

Tema inexhausto es siempre el de las relaciones diplomáticas entre México y Estados Unidos: ellas matizan y colorean los años de nuestra historia; comportan enseñanza vital y continua; influyeron en nuestro pasado, pesan en el presente y seguirán importando inevitablemente en el porvenir. Sin embargo, el investigador mexicano, con exceso de material interesante a su disposición, ha dejado pasar la excelente oportunidad de estudiar la política exterior común de ambos países, y ha permitido que la historia de esas relaciones diplomáticas vaya siendo elaborada principalmente por autores extranjeros. Son unos cuantos los escritores que de este lado del Bravo han tomado como punto de estudio la rica historia diplomática méxico-norteamericana. Algunos de ellos han logrado hacerlo con señorío; los otros, con menor fortuna y no muy clara intención. Ya parece ser tiempo de dirigir los esfuerzos a configurar la historia diplomática de nuestro país. Nos lo pide el México moderno, para disipar consejas, eliminar espectros, mejorar la política exterior mexicana.

En los Estados Unidos se juzga el tema interesante siempre. Por ejemplo, se ha publicado en fecha próxima un libro más sobre los tratos de ambos países.* Se ocupa de un singular capítulo de las relaciones diplomáticas entre México y el vecino del Norte: aquél de la lucha religiosa, de 1925 a 1929, y sus repercusiones en la diplomacia norteamericana con respecto a este país, todo ello dentro de ese difícil período de las relaciones que en alguna otra ocasión hemos denominado "la etapa de los ajustes".

La señorita Rice, que valientemente se reviste de imparcialidad pese a su carácter, principia por examinar el problema de las relaciones entre la iglesia y el estado en México desde la pugna de los "conservadores clericales" y los "liberales doctrinarios" —como ella los designa— en el siglo XIX. Señala con perspicacia que las leyes de Reforma no establecieron una auténtica separación entre estado e iglesia, sino que produjeron una iglesia más o menos controlada por el estado. Empero, no ahonda más allá de eso, y se retira prudentemente del abismo. Hubiera resultado muy interesante que examinara este apasionante problema social y político.

Los dos primeros capítulos de su libro analizan las relaciones generales

* RICE, sister M. Elizabeth Ann: *The Diplomatic Relations Between the United States and Mexico, as Affected by the Struggle for Religious Liberty in Mexico, 1925-1929*. Washington: The Catholic University Press, 1959; vi + 196 pp.; apéndices.

entre México y Estados Unidos desde 1857 hasta 1924, de una manera bastante somera, y como proemio al tema principal de la obra. Trata, naturalmente, de entrelazar ahí cuestiones religiosas, pero éstas, bien dispersas, no llegan a tener importancia en ese período, pues la cuestión de las propiedades de los norteamericanos, que se veían amenazadas en México, llena por completo el panorama, y la otra materia resulta entonces enteramente secundaria.

En los dos capítulos que siguen, el tema religioso cede frente al estudio al aguafuerte que, proponiéndoselo o no, realiza brillantemente la Hermana Rice sobre dos personalidades tan contrapuestas como lo fueron los embajadores Sheffield y Morrow. Y es que ello facilita un análisis de contrastes. El fracaso de la misión del uno frente al lisonjero éxito del otro, como que se prestan a maravilla para un estudio de *chiaros cueros*. La autora no podía escapar al atractivo de especular sobre tipos tan vigorosos y tan singulares.

Ambos personajes estaban reclamando el tratamiento del historiador de esta época. Sheffield, un abogado neoyorquino, cerrado y pomposo, conservador y estirado, pagado de las formas, desconfiado y pertinaz, sin experiencia diplomática, ignorante de la psicología latina, probó ser un molesto estorbo para la comprensión internacional de los problemas. Fue un ejemplo vivo de mala diplomacia, que fabrica a cada paso tensiones inacabables, irritación y acrimonia. En tanto que el otro, Dwight W. Morrow, financiero sutil, de cálida y persuasiva personalidad, de excelente prestigio, dotado de visión y benevolencia, con sentido de escrupuloso respeto por la sensibilidad mexicana, muestra lo que puede alcanzarse en la diplomacia cuando existe buen y bien orientado propósito.

Sheffield, apóstol de la diplomacia contundente y compulsiva, sólo vio el amargo ridículo, como lo reitera la Hermana Rice. Aparece como un fracaso auténtico de la "diplomacia del dólar", vetusta y deficiente, supervivencia de los excesos wilsonianos. En cambio, su contraparte Morrow, jovial y discreto, saboreó la viña del éxito y dio prestigio a su casa, confirmando la certeza del viejo adagio de la gota de miel y del vinagre. Una observación de la autora que merece destacarse es que la gestión de Morrow vino a ser la piedra sillar que permitió más tarde la cooperación mexicana en la política del Buen Vecino. El influjo del encanto personal de ese embajador permitió otros ajustes que terminaron con muchas asperezas y malentendidos entre las dos naciones, y dejó listo el camino para los entendimientos posteriores.

Puede uno preguntarse si las relaciones entre los dos países hubiesen sido distintas de haber abundado los emisarios del tipo de Morrow. El análisis de la gestión de ambos enviados, por otra parte, hace de por sí interesante y atractiva la obra de la señorita Rice.

La lucha religiosa, esa escara tan dolorosa cuanto innecesaria, que exhibe nuestra inmadurez política y social, integra el resto del apreciable ensayo de la Hermana, que amerita lectura. Con minucia describe paso

a paso los incidentes de esa pugna, la intervención de los dignatarios de la iglesia católica y la gestión oportuna y eficiente de mediadores como Cruchaga, el chileno. Termina con un análisis del *modus vivendi* convenido en 1929, entre el gobierno de Portes Gil y el delegado apostólico, Ruiz Flores, arreglo que la mediación personal de Morrow hizo posible. La autora apunta sagazmente en sus conclusiones que difícilmente hubiera obtenido la iglesia un tratamiento mejor que el logrado con la intervención de Morrow. Es indudable que el *modus vivendi* prestó la oportunidad para formas mejores de solución que, andando el tiempo, eliminaron ese difícil problema. Una reflexión que se impone es que en la cuestión religiosa no hubo más diplomacia norteamericana que los buenos oficios del embajador Morrow, pero, de cualquier modo, ello dio un buen pretexto a la autora para estudiar con destreza el siempre apasionante problema de los tratos de México con su poderoso vecino.

El ensayo de la Hermana Rice es bueno, terso, bastante imparcial. Sus conclusiones son certeras. Si además hubiese utilizado fuentes mexicanas, indudablemente la obra hubiese alcanzado cimas mejores. De cualquier manera, constituye una contribución excelente al estudio de las relaciones diplomáticas entre los dos países.

EL DERECHO INTERNACIONAL EN SU PUNTO

ENRIQUE HELGUERA,
de la Universidad Nacional de México

Hace poco tiempo que Percy E. Corbett se jubiló coronando así una obra fecunda y una vida dedicada a la enseñanza (McGill, Yale y Princeton) y a los organismos internacionales (O.I.T. y Sociedad de Naciones). Este folleto,* en que se contienen ideas muy valiosas, nos lo presenta más bien en calidad de ensayista. Es indudable que cuando se trata de calar la hondura del pensamiento de un investigador, el análisis en la obra corta es a veces más revelador que en la de gran extensión.

Es de apuntarse que el título *El estudio del derecho internacional* es, tal vez, demasiado amplio, y parece enfocar el problema desde un punto de vista puramente académico. Sin embargo, abriga un triple objetivo

* CORBETT, Percy E.: *The Study of International Law*. Nueva York: 1955; 56 pp.